

# Dios: Todo en Todo

## NO. 737

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
24 DE FEBRERO DE 1867,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Si él diere reposo, ¿quién inquietará? Si escondiere el rostro,  
¿quién lo mirará?  
Esto sobre una nación, y lo mismo sobre un hombre.”  
Job 34:29.***

Dimos inicio a nuestros servicios especiales con un sermón de aliento que traía a nuestra memoria la pronta respuesta a su oración que recibió Daniel, y fuimos conducidos a esperar que Dios tuviera el propósito de dar, en el propio principio de nuestros ruegos, una orden de misericordia. Dios ha hecho grandes cosas por nosotros desde entonces, lo cual nos alegra mucho. Probablemente unos cuantos de ustedes estén conscientes de las numerosas conversiones que Dios ha obrado en este lugar durante la quincena pasada. No somos aficionados a publicar estadísticas, ni a realizar cálculos, pero básteles a ustedes saber y bástenos a nosotros decir que el Señor ha desnudado Su brazo y ha liberado a muchas almas cautivas de la servidumbre del pecado. Muchos padres y madres aquí presentes han llorado de gozo porque sus hijos han confesado estar del lado del Señor. El reino de Satanás se ha visto debilitado y los ejércitos del Señor se han incrementado. *Esta semana* ha habido júbilo entre los ángeles y ha habido júbilo en el corazón del grandioso Padre pues muchas ovejas perdidas han sido encontradas. Demos al Señor la gloria debida a Su nombre; gocémonos y alegrémonos en el Señor. Y ahora, haciendo un alto en medio de nuestra carrera, cual ejército con pendones alzados y con las alas extendidas como una alondra cuando se remonta al cielo, expresemos nuestra gratitud y cantemos con gozo a Dios, fortaleza nuestra. Confesamos con buen ánimo que ni nuestro propio brazo ni nuestra propia fuerza podrían proporcionarnos la victoria. A Jehová sea toda la gloria. Oigamos la voz que dice: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos,” y que cada creyente aquí presente se postre reverente delante del trono del grandioso Rey, y le agradezca con alma y corazón por toda la misericordia y la bondad que ha hecho desfilar ante nosotros. Con un corazón unido demos al Señor honra y gloria, y dominio y poder. Esta agradecida espera en el Señor renovará nuestra fuerza de tal manera que aunque corramos, no

nos cansaremos, y aunque caminemos, y la caminata sea prolongada y el camino áspero, no nos fatigaremos. Esperar en el Señor no nos da una mera energía espasmódica con la que podemos comenzar y continuar durante un breve tiempo para enfriarnos después, sino que esperar en el Señor nos da un constante flujo de vigor de manera que vamos de poder en poder hasta presentarnos delante de Dios en Sion.

Este tópico se me impuso como algo muy apropiado para nuestra consideración durante nuestros presentes esfuerzos especiales. Mi intención es, con la ayuda de Dios, engrandecer el nombre del Señor nuestro Dios, dirigiendo la devota atención de ustedes al hecho de que sin el Señor no hay nada bueno, nada fuerte, nada eficaz, pero que donde Él obra, nada puede oponérsele; ningún poder del mal puede impedir las obras de Su regia mano.

Nuestra entera dependencia de Dios, quien es nuestro todo en todo, es el pensamiento de la mañana, y el texto ilustra ese pensamiento de dos maneras. Se nos hace ver la plenitud de la suficiencia de Dios para nosotros y nuestra dependencia de Él: *primero, en Su obra eficaz*, “Si él diere reposo, ¿quién inquietará?” *En segundo lugar, en Sus soberanos retraimientos*, “Si escondiere el rostro, ¿quién lo mirará?” Y, *en tercer lugar, se nos recuerda que esto es cierto no sólo en la pequeña escala del individuo, sino en la gran escala de las naciones*, “Esto sobre una nación, y lo mismo sobre un hombre.”

**I.** Primero, entonces, el ojo de la fe contempla la plenitud de la suficiencia de Jehová y nuestra entera dependencia de Él cuando advierte SU OPERACIÓN EFICAZ. “Si él diere reposo, ¿quién inquietará?”

Esta pregunta que no tiene respuesta puede ser ilustrada por las obras del Señor en la naturaleza. El mundo fue una vez un tumultuoso caos: fuego, viento y vapor rivalizaban entre sí; la discordia y la confusión prevalecían. ¿Quién había que pudiera imponer orden y reposo a esa masa palpitante, espumante, hirviente y furiosa? ¿Quién podía transformar ese mar de lava derretida en una roca sólida como el granito, apta para convertirse en los cimientos de un globo habitable? ¿Quién podía enfriar esa superficie hirviente para volverla un Edén en el que Dios pudiera caminar con el hombre al aire del día? ¿Quién podía calmar ese océano de fuego agitado por el torbellino y el tornado hasta convertirse en una terrífica tempestad, y volverlo una *terra firma*, (una *tierra firme*), fija y estable? El Espíritu Santo se cernía sobre ella y mediante Su misteriosa energía impuso rápidamente el orden sobre la confusión; y ahora este hermoso y redondo mundo nuestro, con toda su inigualable belleza del paisaje y sus ondulantes torrentes, firmes en sus límites, se ha convertido en una prueba permanente de que cuando Dios da el repo-

so, nadie puede turbarlo. Si el grandioso Preservador de los hombres tan sólo relajara el mandamiento de reposo, habría fieras fuerzas en el interior de la tierra que serían suficientes para llevarla de regreso a su caos primordial en una hora; pero mientras Su 'fiat' (hágase) sea para la paz, no tememos ningún derrumbe de la materia, ningún desplome de los mundos. Tiempo de siembra y cosecha, verano e invierno, frío y calor, no cesan; la economía de la era del hombre permanece bajo el brillo tranquilo del sol y de la luna sin ser molestada por el miedo del regreso del caos o de la rebelión de los terríficos elementos. Pasando a la era del hombre, vemos al Señor en el día de Su ira levantando las compuertas del gran abismo, y al mismo tiempo ordenando a las nubes que se descargaran, de tal manera que el mundo entero se volvió una vez más una ruina colossal; las altivas aguas pasaron sobre las habitaciones de los hombres e incluso las cumbres de las montañas fueron cubiertas por las olas imperiosas. Al Señor sólo le bastó quererlo y las aguas fueron retiradas de sobre la faz de la tierra, y una vez más apareció la tierra seca, y entonces el mundo floreció con gozosas primaveras, se pintó de colores con los más bellos veranos y con hermosos otoños teñidos de madurez, mientras que por todos lados el arco del pacto era visto en las nubes, la señal de que el Señor había dado reposo a la tierra y de que nadie sería capaz de turbarla otra vez. ¿Han prevalecido las altivas aguas desde aquel día? ¿Se ha atrevido el mar a dejar su lecho asignado? ¿Acaso las olas en su mayor furia no hacen una pausa cuando alcanzan el límite establecido por el Altísimo? La tempestad y la tormenta obedecen la voz del Señor que preside en el diluvio, del Señor que se sienta como Rey para siempre.

Más adelante en la historia, el Mar Rojo nos hace la misma pregunta: "Si él diere reposo, ¿quién inquietará?" Él sacó a Su pueblo de la servidumbre de Egipto, pero Faraón dijo: "Perseguiré, apresaré, repartiré despojos." Sin embargo, no había contado con el Señor de los Ejércitos, y cuando la columna se interpuso entre los dos ejércitos, mostrando su lado negro a la caballería de Faraón y su lado de luz y de consuelo a las filas de Israel, entonces se habría podido oír una voz: "Si él diere reposo, ¿quién inquietará?" Cuando el rebaño redimido descendió a las profundidades del mar, se juntaron las corrientes como en un montón, y los abismos se cuajaron en el corazón del mar, y se oyó el alboroto de los carros y los cascos del caballo resonaron sobre el lecho pedregoso del aterrado mar. ¿Acaso no romperá Faraón la paz del rebaño escogido, y no los regresará a la esclavitud? ¡Escuchen el chasquido de los látigos y los gritos de los jinetes! ¿Cómo le va a Israel ahora? ¡Espera, oh incredulidad, y mira la salvación de Dios! Cuando las impetuosas aguas cubren a todas las huestes de Egipto sube una voz desde las profundidades donde

duermen los altivos guerreros cubiertos por las olas como sus mortajas que dice: “Si él diere reposo, ¿quién inquietará?”

Echando una ojeada a lo largo de la historia, y dejando atrás miles de casos que son pertinentes al nuestro, sólo mencionaremos uno más, es decir, el caso de Senaquerib y su ejército. Los mármoles que se conservan para nosotros y que han sido excavados de las ruinas de Nínive son pruebas más que suficientes del poder y de la ferocidad del monarca asirio. Llegó hasta Laquis, destruyendo a las naciones a fuego y espada, y luego envió a Jerusalén a su teniente, el Rabsaces, para destruirla. El Rabsaces no creía que la pequeña ciudad fuera digna de los duros esfuerzos de una batalla; pensó conquistarla con su lengua blasfema, dejando la espada en su vaina; pensó engullirla así como el perro engulle su carne; pensó devorarla así como el buey mastica la hierba. Cuán desdeñosamente preguntó: “¿Quién es Jehová?” Cómo se jactaba de la fácil victoria sobre los dioses de las naciones. “¿Dónde está el dios de Hamat y de Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim? ¿Libraron a Samaria de mi mano? ¿Qué dios hay entre los dioses de estas tierras que haya librado su tierra de mi mano, para que Jehová libre de mi mano a Jerusalén?” Pero el Señor había oído sus blasfemias y respondió las oraciones de Ezequías, y toda la fuerza de Asiria no pudo levantar ni un solo teraplén contra Jerusalén, ni disparar una flecha allí, sino que en la quietud de la noche Dios puso un gancho en el hocico del enemigo y puso freno entre sus quijadas y lo envió avergonzado de regreso al lugar de donde había venido. “Si él diere reposo, ¿quién inquietará?”—

***“Hay un torrente cuya suave corriente  
Aprovisiona a la ciudad de nuestro Dios,  
Vida, amor y gozo se deslizan todavía por él,  
Y riegan nuestra segura habitación.”***

“Mira a Sion, ciudad de nuestras fiestas solemnes; tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud, tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas será rota. Porque ciertamente allí será Jehová para con nosotros fuerte, lugar de ríos, de arroyos muy anchos, por el cual no andarás galera de remos, ni por él pasará gran nave. Porque Jehová es nuestro juez, Jehová es nuestro legislador, Jehová es nuestro Rey; él mismo nos salvará. Tus cuerdas se aflojaron; no afirmaron su mástil, ni entesaron la vela; se repartirá entonces botín de muchos despojos; los cojos arrebatarán el botín.” Los que esperaban saquear a Jerusalén son despojados, y a los ladrones que pensaban destruir la paz de la Iglesia de Dios les son arrebatadas su propia paz y sus propias vidas.

Toda la historia declara la verdad de que cuando Dios determina poner un vallado alrededor de cualquier pueblo, no es posible que ningún

poder, ya sea humano o infernal, rompa ese vallado. “Yo seré para ti, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ti.” Esta es una bendita promesa que asegura el reposo para quienes moran en el interior de Su gloriosa protección.

1. Reflexionaremos sobre esta verdad en su aplicación, primero, *al pueblo de Dios*. Amados míos, si su piadoso Señor les da reposo de mente, entonces, ¿quién puede inquietarlos? Algunos de nosotros sabemos en qué consiste andar a la luz del rostro de Jehová. Demos ahora el testimonio de nuestra experiencia sobre ese hecho. Mis carísimos hermanos en el Señor, ustedes han experimentado severas *tribulaciones*; han visto que los ha cubierto una onda tras otra y que cada una ha amenazado con hundirlos; todas esas olas han pasado sobre su cabeza; han sido abandonados por los amigos que les han sido infieles; han perdido algunos parientes y ustedes han llorado sobre sus tumbas; han perdido propiedades: a su oro y a su plata les salieron alas y volaron lejos; han visto su salud quebrantada y su espíritu se ha visto también atribulado; pero con todo, cuando el Señor ha alzado la luz de Su rostro sobre su ustedes, ¿acaso no compartieron el mismo pensamiento que Habacuc, que “Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales,” aun así ustedes se pueden regocijar en Dios? Amados, aun una vislumbre del rostro de nuestro Padre celestial endulza la aflicción—

**“Las lágrimas más amargas,  
Con sólo que Él les sonría,  
Cual rocío a la luz del sol,  
Producen diamantes y gemas.”**

Hemos descubierto que es dulce ser entregados a la aflicción cuando hemos gozado de la presencia de Dios en ella, de manera que hemos considerado que todo es dicha cuando hemos caído en diversas pruebas, porque en nuestra hora de rigor y peligro el Salvador ha sido indeciblemente más precioso; en ausencia de todos los otros goces, el gozo del Señor ha llenado el alma hasta el borde. Ustedes saben muy bien, queridos amigos, que si el Señor se apartara, ningún consuelo podría compensar Su ausencia; pero si todos los consuelos terrenales fueran suprimidos, no expresarías ni la más mínima palabra de murmuración siempre y cuando el propio Señor llenara ese vacío; tú dirías: “Señor, yo te doy gracias porque cuando la criatura me falló, hubo mayor espacio para Ti, más espacio para Tu plenitud.”

Sumado a esto, cuando el Señor da reposo, *la calumnia* no puede causarnos problemas. Ha sido siempre la suerte del pueblo de Dios que entre más sirve a Dios, más falsamente es acusado por los hombres. Y yo

no dudo de que cuando el perro ladra, imagina que el buen hombre que cabalga a su lado está agudamente turbado por el ladrido; y con todo, con solo que el Señor sonría, poco importa que toda lengua en el mundo se ponga a decir mentiras en contra de nosotros y que cada boca quede negra de maldiciones; muy bien podemos decir como dijo David: “Volverán a la tarde, ladrarán como perros, y rodearán la ciudad,” y luego agrega: “Vuelvan, pues, a la tarde, y ladren como perros, y rodeen la ciudad.” Así les daría el cristiano una licencia a quienes lo calumnian. Si no fuese por el pecado que eso conlleva de parte de sus enemigos, hasta podría regocijarse si hablaran mal de él por causa de Cristo, y tendría por sumo gozo ser tratado vergonzosamente por causa de su Maestro. El rostro de Dios derrama tal luz santa en el alma que las nubes de la calumnia no pueden ocultarla. Sí, y en tales momentos pudieras agregar a los problemas externos y a las calumnias de los hombres perversos, todas *las tentaciones del diablo*; pero si el Señor da reposo, aunque hubiese tantos demonios para atacarnos como hay piedras en el pavimento de las calles de Londres, caminaríamos sobre todas sus cabezas con una confianza sin mengua. Que vengan las tentaciones satánicas; que vuelen tan densas en derredor nuestro como el granizo, pero si Dios levanta el escudo serán como piedras de granizo que repiquetean sobre el techo mientras el hombre permanece protegido abajo. Tal vez ustedes piensen que las expresiones de Lutero, cuando habla acerca de las tentaciones de Satanás, sean demasiado elaboradas; y así pudieran ser en la experiencia de ustedes, pero no lo eran en la suya, y en su biografía él es como un monumento del poder de los consuelos de Dios para mantener a un hombre apaciguado cuando toda la tierra y todo el infierno están en contra suya. Allí estaba ese hombre. No importaba que el airado Papa emitiera mil bulas, que cada sacerdote crujiere sus dientes contra Lutero, que la mayoría de los hombres clamaran: “¡Fuera! No conviene que viva.” Lo que ellos dijeran era para Lutero como el chirrido de unos cuantos saltamontes en el campo, o como el croar de unas cuantas ranas en el estanque. Que digan lo que quieran, “Si él diere reposo, ¿quién inquietará?”

Yo sé que estoy tocando ahora la experiencia de muchos miembros del pueblo de Dios, pero voy a seguir un poco más adelante. Incluso *el pecado engendrado internamente*, (por la naturaleza carnal) que es el peor de los males, no le causará al cristiano ninguna inquietud cuando ve claramente la luz del rostro de Jehová. “Oh”—dice el alma—“Sólo ayer clamaba: ‘¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?’ y allí me detuve. Pero ahora, mi Dios ha susurrado a mi oído: ‘Mío eres tú,’ y no me voy a detener en ese versículo por más tiempo, sino que voy a pasar al siguiente. ‘Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro’; ‘Mas

gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo,' ya nunca más voy a mirar a mis enemigos diciendo: 'Son muchos y son valientes,' sino que voy a mirar a mi poderoso ayudador, y 'en el nombre de Jehová yo los destruiré.'" "Como prodigio he sido a muchos, y tú mi refugio fuerte," dijo David, y lo mismo dirá el cristiano. Asediado por todo tipo de tentaciones desde el interior, vence merced a la sangre del Cordero. Y Dios da tal quietud en la confianza en la obra consumada de Jesús y en el poder santificador del Espíritu Santo que, imperfectos como somos, aun así tenemos fortaleza por el poder de Su fuerza para apoderarnos de la corona de justicia, y para ser resucitados para sentarnos juntos en los lugares celestiales con Cristo Jesús aun antes de que despunte el día de gloria y las sombras de la mortalidad se disipen.

**2.** Queridos amigos, le doy gracias a Dios porque mi texto es igualmente válido para *el pecador que busca*. Pobre corazón turbado, si al Señor le agradara darte reposo en Cristo en este día, nadie podría provocar inquietud a tu alma. ¡Cuán grande misericordia es para ti que Dios pueda dar paz y quietud! Algunos de ustedes han estado muy turbados durante la última quincena. Las flechas de Dios están penetrando con firmeza en ti; tu propia carne desfallece como si no pudiese soportar por más tiempo la presión de tus aflicciones espirituales. El Señor puede vendarte ahora. Él vendará a los quebrantados de corazón y sanará sus heridas. Él puede hacerlo eficazmente, tan eficazmente que ninguna herida sangre de nuevo jamás después de que Él la haya restañado. "Ah"—dices tú—"pero está Su *ley*, esa terrible ley de diez mandamientos y yo la he quebrantado mil veces." Pero si el Salvador te conduce a la cruz, te mostrará que Él cumplió la ley a nombre tuyo y que tú mismo no estás más bajo la ley, sino bajo la gracia. La ley es un capataz; pero el capataz sólo puede controlar a sus propios esclavos; y cuando tú crees en Jesús, ya no eres más un esclavo, sino un hijo, y el capataz no tiene más poder sobre ti a partir de ese momento y nunca jamás. ¡Cuán maravilloso espectáculo es ver que la ley ha sido cumplida por Cristo! Es una visión que proporciona tal dicha que puedes estar donde estuvo el vidente de Horeb y no necesitas decir: "Estoy espantado y temblando"; más bien dirás con nuestro compositor de himnos—

***"Osado estaré en aquel gran día,  
Pues ¿quién me acusará de algo?  
Plenamente absuelto soy por medio de Cristo  
De la tremenda maldición y de la culpa del pecado."***

"Sí, sí"—dices tú—"bien, le doy gracias a Dios por eso, pero mi conciencia, mi *conciencia* no me dejará estar en reposo nunca." ¡Oh, pero mi Señor sabe cómo hablarle a tu conciencia! Él puede decirle: "Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados." Él puede to-

mar Su sangre preciosa que es mejor que el bálsamo de Galaad y puede aplicarla a las heridas de tu conciencia; y tan pronto como la conciencia siente el poder de la sangre, todas sus heridas cierran inmediatamente y el corazón se regocija diciendo: “Si Jesús pagó mis deudas, entonces pagadas están; si Jesús murió por mí, entonces Dios no me hará morir nunca ni Jesús tampoco, pues Él nunca exigirá el pago dos veces: primero, de manos de mi Fianza y luego de mis manos.” ¡Cuando la conciencia entra en las heridas de Cristo, cuán feliz es! Es como la paloma que mora en las hendiduras de las peñas, y construye allí su nido y se pasa todo el día repitiendo sus dulces arrullos de tórtola de puro gozo y alegría. Oh pobre corazón, la ‘Señora Conciencia’ y tú se darían un cálido apretón de manos si te pusieras al pie de la cruz y lo hicieras. ‘Conciencia’ es un terrible generador de truenos para un pecador que no ha sido reconciliado; pero, para un pecador que ha visto la grandiosa expiación, y que ha sentido el poder de la sangre, ‘Conciencia’ se convierte en un generoso amigo.

Y permíteme decirte, querido amigo: si el Señor te da reposo, a la vez que la ley y la conciencia estarán en paz contigo, también lo estará ese *Libro de Dios*. Cada vez que pasan las páginas de la Biblia, algunos de ustedes no encuentran sino amenazas en ella. Cada página clama en contra de ustedes diciendo: “yo tengo una maldición para ti.” ¡Oh!, pero con sólo que vinieras a Jesús y descansaras en Él, entonces la página reluciría con bendiciones y brillaría con mercedes; encontrarías que profiere paz a los hombres de paz, y nuevas de gran gozo para aquellos que ponen la mira únicamente en la sangre del Redentor. Aun así me parece que te veo mover la cabeza y decir con tristeza: “Oh, pero yo no voy a obtener nunca mucho reposo en casa, pues tengo *amigos impíos* que me dicen que soy un fanático religioso.” ¡Ah, mi querido amigo!, si el Señor te diera reposo, tus amigos impíos te darían muy pocos problemas pues tendrías gracia para ser indulgente con ellos. Si te insultaran, convertirías sus injurias en gozo dando gracias a Dios porque eres considerado digno de ser vilipendiado por causa de Jesús; mientras estuvieras experimentando eso aprovecharías algunas veces la oportunidad para decir una buena palabra a favor de tu Maestro, y entonces estarías agradecido por ser colocado donde se te necesita. Debemos estar alegres de ser echados como una libra de sal en medio de la corrupción que la sal destruye; y debemos estar agradecidos porque somos puestos como una luz en un lugar oscuro, donde una lámpara es sumamente necesaria. Bajo esta luz el creyente perseguido puede considerar su dolorosa posición incluso como algo deseable por la utilidad práctica que pone en su camino.



Si Jesús fuera tu compañero, podrías caminar incólume a través de la Feria de las Vanidades—si es que tu senda cayera en medio de ella—y no necesitarías preocuparte por todos los necios que tiran de tus vestidos. Si Jesús es nuestro acompañante, es seguro y bendito transitar a través de una lluvia de lodo. ¡Yo espero que no seas uno de esos que elegirían caminar con Él con zapatillas de plata pero que lo dejarían si viniera en la pobreza y en la vergüenza! Si así fuera, no conoces en absoluto el amor de Jesús. La senda del amor se extiende a través de espinas y abrojos, y, sin embargo, ese camino espinoso es un paraíso con sólo que Jesús lo ande con nosotros y permita que nos apoyemos en Su brazo. Entre más severos se tornen los problemas de la vida, más excelsos serán sus consuelos si Jesús está con ustedes. ¡Alma atribulada, descansa en Jesús! Sólo confía en Él, confía enteramente en Él y encontrarás que nadie puede quitarte la paz que Él te da.

**3.** Ahora bien, pienso que este texto, que pertenece tanto al santo como al pecador que busca, es igualmente válido, en una escala mayor, para la *Iglesia cristiana*. No podría omitir decir esto motivado por el agradecimiento para con Dios por el reposo que le ha agradado darnos durante años como una comunidad cristiana. Durante más de trece años hemos sido entrelazados como un solo hombre, en tanto que hemos vivido para ver que ciertas denominaciones que constituían la única y exclusiva iglesia—que vituperaban casi como con la boca de un Sanbalat y de un Tobías en contra de todos los demás cristianos como cismáticos mundanos, mientras ellos mismos eran escriturales, inmaculados, los hermanos, los seres perfectos—han resultado desmembradas al punto que escasamente queda un remanente de ellas pero con todos los elementos de discordia interna en su seno que terminará desmenuzándolas por completo. Por la gracia de Dios nosotros, que como una sola Iglesia somos casi tan numerosos como algunos de esos grupos, nos hemos mantenido en santa paz y quietud, obrando incesantemente por la causa de Dios sin disensión y sin contienda; y aunque no estamos libres de diez mil faltas, con todo he admirado a menudo la bondad de Dios que nos ha capacitado para que sostengamos un cálido apretón de manos con el resto, y para decir: “Nos amamos los unos a los otros por causa de Cristo y por la causa de la verdad, y cada uno de nosotros espera vivir en el amor de unos por otros hasta nuestra muerte, deseando, si fuese posible, ser enterrados en predios vecinos.” Doy gracias a Dios en verdad por esto, porque sé que abunda el mal en nuestro medio que pudiera plantar una raíz de amargura entre nosotros. Los que tenemos un oficio en la Iglesia contamos con la misma naturaleza que los demás, y por tanto, naturalmente, cada uno de nosotros buscaría tener la supremacía, y cada individuo, si fuese

dejado a su arbitrio, se entregaría a un temperamento airado y encontraría muchas razones para diferir de su hermano. Todos nosotros hemos sido ofendidos a menudo, y hemos ofendido a menudo a los demás. Somos tan imperfectos como los que más, pero somos uno. Cada uno de nosotros ha tenido que aguantar a alguien más, y ha debido ser paciente y tolerar; y no me parece que sea una sorpresa que tanta gente imperfecta se lleve tan bien durante tanto tiempo. Leo este texto sobre la puerta de nuestro Tabernáculo: “Si el Señor diere reposo, ¿quién inquietará?” Cuando algunos de nuestros miembros fueron recibidos en la iglesia, el carácter del pastor les pareció muy sospechoso a muchas personas. Decían: “Bien, si el señor Spurgeon recibe a un individuo que ha representado un problema tan grande para nuestra Iglesia, sin duda dará inicio a guerras en el Tabernáculo.” Pero esas mismas personas que vinieron con aquel carácter dudoso, se han convertido en los más celosos miembros de nuestra comunidad activa, y en vez de diferir y estar en desacuerdo, han sentido que hay tanto por hacer que sería una lástima gastar un gramo de fuerza en contiendas con otros hijos de Dios. ¡Cuán bueno es usar nuestras espadas en contra del diablo y sus aliados, y no embotar su filo blandiéndolas en contra de nuestros compañeros cristianos! Hermanos míos, posiblemente muchos de ustedes no valoren lo suficiente la paz que reina en nuestra Iglesia. ¡Ah, la valorarían si la perdieran! ¡Oh, cómo la valorarían si el conflicto y el cisma llegaran! Recordarían estos días felices que hemos disfrutado juntos con intenso remordimiento y dirían: “Señor, júntanos en unidad otra vez; concédenos que nos amemos los unos a los otros” pues en una Iglesia el amor es el elemento esencial de la felicidad, y si cualquiera de ustedes lo ha violado, o ha pecado en su contra, que pida la gracia para arrepentirse de su error, y que “nos amemos unos a otros entrañablemente,” andando en amor, “como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros.” Hemos de tener esa ferviente caridad, que es el vínculo perfecto, y ha de abundar en nuestros corazones cada vez más por Jesucristo.

Voy a dejar este primer punto una vez que haya extraído tres lecciones de él. “Si él diere reposo, ¿quién inquietará?” La primera lección es que quienes tienen paz deben adorar y bendecir a Dios esta mañana por ello. Oh Dios, cuando recordamos cuál era nuestra inquietud antes de que conociéramos a un Salvador; cuando tenemos en cuenta cómo era la tempestad cuando ocultaste Tu rostro de nosotros, no podemos menos que estar alegres, sumamente alegres, porque ahora nos hablas amable y favorablemente. Los que no quieren agradecer a Dios por la paz, merecen oír de nuevo el fragor de la guerra en sus calles; los que no quieren darle gracias en el abrevadero porque el ruido de los arqueros ha cesado, me-

recen que sus corazones sean arados de nuevo por las huestes del enemigo. Léonle, entonces, hermanos míos, y alábenle de todo corazón. En segundo lugar, los que están buscando la paz, ya sea para otros o para ellos mismos, deben tener esperanza. No desesperen de ninguna alma, por cerca de la muerte o del infierno que pudiera estar; Dios puede crear el reposo incluso en el corazón que está a punto de morir. Por último, renuncien a toda otra paz que no sea la que el Señor da a cada creyente. Si tienen un reposo que Dios no ha creado, imploren al Señor que lo rompa; si tienen un paz que no vino del cielo, es “Paz, paz; y no hay paz,” y que el Señor los libre de eso.

**II.** Ahora vayamos al segundo punto. La plena suficiencia de Dios es vista, en segundo lugar, EN SUS REPLIEGUES SOBERANOS.

Dios oculta algunas veces Su rostro de Su pueblo, y entonces, como bien lo saben Sus santos, nada puede capacitarlos para contemplarle o para ser felices. Conocen a Dios doctrinalmente, ¿pero qué son para un alma las doctrinas de la gracia cuando Dios encubre Su rostro? Ustedes pueden aceptar y sostener firmemente el Evangelio ortodoxo, pero ¿qué es la más pura verdad evangélica sino una nube sin lluvia, a menos que el Señor mismo aparezca? Queridos amigos, vana es toda nuestra experiencia para ayudarnos a ver a Dios si Él ocultara Su rostro, pues si bien hemos probado y gustado Su fidelidad, si deja de sonreír, nos tornamos tan incrédulos y tan desconfiados como lo hayamos sido jamás. En tales momentos, vanas son todas las misericordias externas. Aunque hoy podemos ver la mano de Dios en el pan y en el vaso de agua fresca, con todo, si Dios ocultara Su rostro, aunque hubiese un buey engordado ante nosotros y una fiesta apropiada para reyes, no veríamos el amor de nuestro Padre en ellos. Cristiano, tú sabes bien que si Dios se aparta y se oculta en Sus lugares secretos, y no te habla más, ni la tierra ni todo el cielo podrían proporcionarte un solo deleite.

Ahora, pecador, esto es sorprendentemente cierto en tu caso. Si a Dios le agradara apartarse de ti, no podrías contemplarle. Si te quitase el Evangelio, ¿qué pasaría entonces? Él puede hacerlo. Podría enviarte a través de los mares como un emigrante. Podría ponerte en alguna aldea en el campo donde no haya ninguna predicación evangélica. Podría hacerte vivir en una situación donde no pudieras salir para oír a un fiel predicador evangélico, y entonces, ¿qué harías? Podría ser peor todavía para ti. El Señor podría dejarte continuar bajo el mismo ministerio, y ese ministerio podría estar lleno de bendiciones para otros, y con todo, podría ser infructífero para ti. Si Dios te abandonara a las corrupciones de tu propio corazón, querido amigo, eso bastaría para asegurarte tu ruina. Entonces todas las lágrimas de las madres, todos los consejos de los

amigos, y todos los llamados de los pastores serían incapaces de tocar tu corazón; los llamados del propio Libro de Dios no moverían nunca tu conciencia, sino que caerías de cabeza en tu propia destrucción si Dios apartara Su rostro de ti. ¡Recuerda, mi querido oyente, que eso es posible! Hay un tiempo, no sabemos cuándo, un lugar, no sabemos dónde, donde Dios puede poner fin a tu día de sensibilidad diciendo: “Voy a dejar solo a ese pecador.” Entonces la nube no derramará más lluvia sobre tu alma desértica; ya no se esparciría más simiente sobre la transitada carretera de tu corazón ingrato. ¿Correrán los caballos por las peñas? ¿Ararán en ellas con bueyes? Si tú no te arrepientes, Dios no siempre desperdiciará en ti el ministerio evangélico. Él hará que ese Evangelio se convierta en un “olor de muerte para muerte” para ti, hasta que tú mismo lo detestes, te vuelvas un quebrantador del sábado o te entregues a la duda y al pecado. Oh pecador, yo anhelo que puedas sentir cuán absolutamente estás en las manos de Dios. Si el sol se ocultara, ni todas las velas en el mundo podrían iluminar el paisaje; y si Dios abandonara al alma, todo el poder humano sería incapaz de proporcionarle consuelo. Cuán grande misericordia es que el Señor no te haya abandonado hasta este momento y que todavía Su Espíritu bueno se esfuerce y more con el primero de los pecadores; todavía se oye el grito: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.” Sin embargo, les ruego que recuerden que si en efecto endurecen sus corazones, el Señor podría hacer con ustedes como hizo con Su pueblo en la antigüedad y jurar en Su ira que no entrarán en Su reposo.

Queridos amigos, no tengo ninguna duda de que así como esto es válido tanto para el santo como para el pecador, es válido también para la Iglesia. Si Dios oculta Su rostro de una iglesia, ¿quién, entonces, podría contemplarle? Permítanme procurar exponer esa verdad ante ustedes en dos o tres palabras. Si nosotros como una iglesia resultamos ser infieles; si nos desprendemos de nuestro primer amor; si no intercedemos en oración buscando la conversión de las almas, Dios puede apartar Su presencia de nosotros como lo ha hecho con las iglesias que una vez fueron Sus iglesias, pero que ya no lo son. El viajero les informa que cuando recorre el Asia Menor, ve las ruinas de aquellas ciudades que otrora fueron los siete candeleros de oro en los que brillaba intensamente la luz de la verdad. ¿Qué dirían ahora de Tiatira? ¿Dónde encontrarían a Laodicea? Han desaparecido, ¿y por qué no desaparecería esta iglesia? Miren a Roma, en un tiempo la gloria de la Iglesia cristiana. Sus ministros fueron muchos y su poder para bien sobre el mundo fue enorme. Ahora Roma es el lugar donde está el trono de Satanás, y su sinagoga es una sinagoga del infierno. ¿Cómo es eso? Roma cayó; se apartó de su integridad;

abandonó su primer amor y el Señor la desechó. Así nos tratará el Señor si pecamos de esa manera. Ustedes conocen aquel terrible pasaje: “Andad ahora a mi lugar en Silo, donde hice morar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel.” Dios hizo que el tabernáculo fuera levantado en primer lugar en Silo, pero Silo fue contaminado por el pecado de los hijos de Elí; aquel tabernáculo fue quitado y Silo se convirtió en un yermo. En eso podría convertirse esta floreciente iglesia. Si la justicia los visitara de esa manera, podrían celebrar sus reuniones de oración—probablemente esas cesarían pronto—pero ¿de qué servirían sus oraciones formales? Podrían conseguir que les predicara la persona que ustedes quisieran, pero, ¿y qué? Yo sé lo que harían si algunos de nosotros nos quedáramos dormidos y los fieles fueran enterrados; si el Espíritu de Dios partiera, ustedes dirían: “Bien, todavía somos una congregación grande e influyente; podemos darnos el lujo de conseguir un ministro talentoso; el dinero lo puede todo”; y conseguirían al hombre de talento, y entonces querrían un órgano y un coro, y muchas otras cosas bonitas que ahora consideramos prescindibles para nuestro gozo. Entonces, si ese fuera el caso, todos estos vanos intentos de grandeza serían infructuosos, y la Iglesia se convertiría pronto en objeto de burla y de escarnio, o de otra manera, en un simple leño sobre el agua. Entonces dirían: “Tenemos que cambiar la administración,” y se realizaría este cambio y aquel otro cambio; pero si el Señor partiera, ¿qué podrían hacer? ¿Por qué medios podrían hacer que esta iglesia reviviera alguna vez, o cualquier otra iglesia? ¡Ay por los esfuerzos carnales y espasmódicos que hemos visto realizados en algunas iglesias! Reuniones de oración con una asistencia muy pobre, falta de conversiones, pero aun así han dicho: “es perentorio que mantengamos una respetable apariencia; tenemos que atraer a nuestra congregación a través de nuestros cantos, de nuestro órgano, o de alguna otra atracción externa”; y los ángeles habrían podido llorar al ver la locura de los hombres que recurrían a cualquier cosa menos al Señor, quien es el único que puede convertir una casa en Su templo, quien es el único que puede hacer que un ministerio sea una administración de misericordia, sin cuya presencia la más solemne congregación no es sino como el pastoreo de hombres en el mercado y los cantos más melodiosos son sólo como los gritos de aquellos que se gozan en un matrimonio. Sin el Señor, nuestros días solemnes, nuestras lunas nuevas y nuestras fiestas establecidas son una abominación del tipo que odia Su alma. Que esta iglesia siempre sienta su total, entera y absoluta dependencia de la presencia de su Dios, y que nunca cese de implorarle humildemente que perdone sus muchos pecados y que ordene todavía que Su bendición permanezca sobre ella.

**III.** El tiempo se ha agotado, pero sólo quiero decir estas dos o tres palabras, es decir, que pueden estar seguros de que ESTO ES VÁLIDO PARA UNA NACIÓN así como para cualquier iglesia y para cualquier persona.

En este momento específico, si bien tal vez se esté desarrollando un mayor esfuerzo en Inglaterra que el que se haya hecho durante muchos años, la bendición divina que acompaña ese esfuerzo es de las más escasas de las que se haya gozado jamás. Es un triste hecho que a pesar de todo el maravilloso incremento de espacios que se ha logrado en Londres para la adoración a Dios, hay absolutamente una mayor deficiencia en los medios de la gracia de la que haya habido jamás debido al incremento de la población. Es también un hecho notorio en cuanto a las nuevas iglesias que han sido erigidas, que se podría entrar en muchas de ellas y no encontrar el grupo suficiente ni siquiera para lograr una reunión respetable en una sacristía, de manera que si bien se ha contribuido con decenas de miles y con cientos de miles de libras esterlinas para los ladrillos y el cemento—en conexión con el Establecimiento Episcopaliano—esas cosas han sido meramente un agregado espurio al suministro espiritual, pero no algo real. Es fácil recaudar dinero, pero no es fácil encontrar personas; y, si bien es fácil conseguir un arquitecto para construir una iglesia, nadie sino Dios mismo puede encontrar un ministro que llegue a las densas masas del paganismo que nos rodea y las fuerce a entrar y a adorar. La carencia de personas es la clamorosa carencia de la época, y experimentamos esa carencia en razón de que no oramos a Dios lo suficiente para que nos envíe personas; no oramos pidiendo que las personas, cuando Dios en efecto las envía, reciban la ayuda que deben recibir, y consecuentemente, mucho del esfuerzo de la iglesia es desperdiciado. Amados, quiero ver que se haga algo en Londres, ¿y cómo ha de hacerse? ¡Hay miles de cristianos, hay decenas de miles de cristianos en Londres, y sin embargo, la causa no se propaga o lo hace muy lentamente! ¿Cuál es el motivo? Jonás conmovió de un extremo a otro a Nínive, y con todo, cien mil seguidores de Jesús no pueden hacerlo. Pablo, marchando a lo largo de la vía Apia en Roma, marcó una era en la historia de Roma; y, sin embargo, hay muchos ministros de Cristo que recorren nuestras calles, y, no obstante, ¿qué poder real constituimos todos nosotros juntos? No parece que todos nosotros lleguemos a ser en esta gran ciudad algo más que una mera hojuela en el plato de avena; casi no causamos ningún impacto en la población. ¡Oh, es extraño, es sobremanera extraño, pues lo que nosotros predicamos es el Evangelio, sabemos que es el Evangelio, y algunos de nosotros intentamos predicarlo con toda nuestra fuerza! Pero si Dios ocultara Su rostro, ¿qué podría hacerse?

Con todo, hermanos, puede hacerse esto: clamaremos al Señor hasta que Él revele Su rostro de nuevo. No le daremos ningún descanso hasta que Él establezca y convierta a Su iglesia en una alabanza en la tierra. ¡Oh hombres y mujeres cristianos, que ustedes pudieran darse cuenta de la situación! ¡Una ciudad de tres millones de habitantes, si bien no entregados enteramente a la idolatría, pero sí muy dados al pecado, y nosotros mismos tan débiles en medio de ella! Si pudiéramos darnos cuenta de esta posición y nos aferráramos al brazo omnipotente, y mediante una fe vencedora que sólo Dios podría darnos a cualquiera de nosotros, creyéramos posible que el Señor Jesús salve a esta ciudad, y luego siguiéramos adelante esperando valerosamente que lo haga, podríamos ver más de lo que hayamos visto jamás. Y ahora, ¡qué pasa si yo profetizo que lo veremos! ¡Qué pasa si digo que si Dios motivara a Su pueblo por doquier para que ore, Él realizaría una obra en nuestro día que haría que zumbaran los dos oídos de quien lo oiga, no con horror, sino con gozo! Él haría que el mundo supiera todavía que hay un Dios en Israel. Verdaderamente, el obstáculo es nuestra falta de fe, pues si el Hijo del hombre descendiera en medio de nosotros, ¿hallaría fe en la tierra? Oh iglesia incrédula, oh generación ingrata, ustedes no estáis estrechos en Dios, pero sí sois estrechos en vuestro propio corazón; y si sólo pudieran creer en Él, y demostrarlo por su fe, Él abriría todavía las ventanas del cielo y les derramaría tal bendición que no tendrían espacio suficiente para recibirla.

Entonces ese es el asunto y lo dejamos con ustedes. Somos totalmente dependientes de Dios; debemos descansar absolutamente en Él. Pero así es como debería ser, pues es mejor esperar en el Señor que tener confianza en el hombre; es mejor esperar en el Señor que tener confianza en los príncipes. Descansemos en el amor divino por medio de la sangre de Jesús, y no le demos descanso al Señor hasta que desnude Su brazo en medio de esta tierra.

Que el Señor bendiga nuestras palabras, por nuestro Señor Jesucristo.

### **Porción de la Escritura leída antes del sermón—Job 34.**

**<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>**

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermon #737—Volume 13**

**GOD—ALL IN ALL**